

Acento tonal en romance y en latín: algunas implicaciones

JOSÉ ANTONIO PUENTES ROMAY
Universidade de Santiago de Compostela

1. PRESUPUESTOS BÁSICOS

Las investigaciones más recientes sobre la naturaleza del acento del español, sin duda válidas en gran medida para la mayoría de las lenguas románicas¹, han puesto de relieve que, contra lo que generalmente se venía creyendo, el componente de mayor importancia que se da en él, en las realizaciones normales, es lo que con términos acústicos se denomina *variación en la frecuencia fundamental*. En términos más tradicionales, esto quiere decir que es, ante todo, tonal. Este factor básico se encuentra acompañado, en primer lugar, por una ligera tendencia al alargamiento de la vocal acentuada y, por último y a una distancia mucho mayor en su importancia, por una elevación de la intensidad espiratoria².

Con anterioridad a estos últimos trabajos, es prácticamente unánime la afirmación por parte de todos los tratadistas de que el acento de la mayoría de las lenguas europeas actuales, con inclusión de las románicas y del griego moderno³, tiene carácter intensivo o, al menos, básicamente intensivo. Esta afirmación, admitida hasta ahora como una especie de dogma, trajo como consecuencia, entre otras, un prolongado debate —todavía abierto— centrado, por una parte, en la relación del acento de las len-

¹ Con la excepción principal del francés, lengua en la que parece ser bastante discutible la existencia real de un acento propiamente dicho. Cf. P. Garde, *L'accent*, Paris, 1968, p. 3.

² Cf. D. L. Bolinger - M. Hodapp, "Acento melódico, acento de intensidad", *Boletín de Filología de la Universidad de Chile (BFUCh)*, 13 (1961), pp. 33-48; M.-J. Solé Sabater, "Experimentos sobre la percepción del acento", *Estudios de Fonética Experimental I*, Barcelona, 1985, pp. 131-242; F. D'Introno - E. del Teso - R. Weston, *Fonética y fonología actual del español*, Madrid, 1995, pp. 126-130; A. Quilis, *Tratado de fonética y fonología españolas*, Madrid, 1993; E. V. Enriquez - C. Casado - A. Santos, "La percepción del acento en español", *Lingüística española actual (LEA)*, XI (1989), pp. 241-269.

³ A pesar de que en su momento Meillet reconocía en el acento del griego moderno una cualidad básicamente tonal; pero esta observación, ciertamente no basada en datos experimentales, parece haber pasado totalmente desapercibida. Cf. A. C. Juret, *Manuel de phonétique latine*, Paris, 1921, p. 59

guas románicas con el del latín y, por otra, del acento de esta última lengua con el del griego.

Para seguir un orden cronológico, examinemos la sucesión de hechos desde la Antigüedad. En primer lugar, nadie parece poner ni haber puesto nunca en duda el carácter tonal del acento del griego antiguo, con la distinción entre los tres tipos —agudo, grave y circunflejo— que se daban, al menos, en el dialecto jónico-ático. Sin embargo, no parece ya tan seguro que, a pesar de conocerse perfectamente y repetirse con total exactitud las reglas que lo gobiernan, se haya comprendido totalmente en qué consistía en realidad⁴; probablemente en ello haya influido la interpretación rígida de la definición tradicional, atribuida a Dionisio de Halicarnaso, de que la elevación del tono correspondiente al acento agudo era aproximadamente de una quinta, lo mismo que la del primer tiempo del circunflejo. Además, se ha tendido a identificar como rasgos lingüísticos inseparables de la cualidad tonal del acento a los que se dan en esta lengua, a saber: a) existencia de oposición de cantidad en las vocales, b) existencia, consecuentemente con ello, de una versificación cuantitativa, c) total independencia entre acentuación y tiempos fuertes del verso, d) como corolario, incompatibilidad con la versificación acentual y, en consecuencia, con la ausencia de oposición de cantidades vocálicas. Estos principios, entre otras consecuencias, han contribuido a poner en duda el carácter propiamente lingüístico de los *ictus* del verso griego antiguo y afirmar el carácter intensivo del acento del griego moderno. Pero también han tenido consecuencias para el análisis del acento latino. Entremos ahora en este terreno.

Todos los gramáticos latinos, desde la Antigüedad hasta, al menos, bien entrada la Edad Media afirman, sin la menor ambigüedad, el carácter tonal del acento del latín. Básicamente esta total identificación con el acento griego se manifiesta, primero, por los propios términos acuñados para traducir las denominaciones adoptadas en esta lengua, como son *tenores* para τόνοι y *accentus* para προσωδία; segundo, por la distinción, al igual que en griego, entre agudo, grave y circunflejo, aunque, claro está, sujetos a reglas distintas. Estas reglas son: 1) el acento no cae nunca sobre la última sílaba (salvo algunas excepciones), 2) si la penúltima sílaba tiene como centro una vocal larga, no seguida de dos consonantes, y la sílaba final es breve, recae sobre ella el acento circunflejo, v. gr. *amârĕ*, 3) en las mismas condiciones, si la última sílaba es larga, recae sobre la penúltima el acento agudo, v. gr. *amátō*, 4) si la penúltima sílaba es larga por posición, lleva acento agudo, v. gr. *amántem*, 5) si la penúltima sílaba es breve, lleva acento grave y, como consecuencia, la antepenúltima lleva acento agudo, v. gr. *cálâmus*.

⁴ Esta falta de comprensión es especialmente evidente por parte de los estudiosos de procedencia germánica o anglosajona. Como máxima expresión de ésta puede citarse la llamada "tradición anglo-holandesa" iniciada en el siglo XVII por I. Vossius y H. C. Henning (Henninius), y consistente en leer el griego con las reglas de acentuación del latín, sin prestar atención a la acentuación "irracional" (!) de esta lengua. Cf. W. Sidney Allen, *Accent and Rhythm. Prosodic Features of Latin and Greek: a Study in Theory and Reconstruction*, Cambridge, 1973, pp. 271-274.

A pesar de la unanimidad total con que se repite esta doctrina, puede afirmarse que hoy en día son mayoría los investigadores que ponen seriamente en duda su veracidad, siguiendo una corriente que arranca del siglo pasado con la llamada escuela alemana⁵. Las razones aducidas para ello se centran sobre todo en dos bloques: 1) diferencias marcadas entre el funcionamiento de la métrica latina y la métrica griega, ya que en el verso latino se dan más coincidencias entre *ictus* y acento, 2) si se parte de la base de que el acento románico es intensivo y se tiene en cuenta lo anterior, no hay por qué pensar que el acento latino fue de otro tipo. A esto último se añade que sólo se pueden explicar determinados fenómenos fonéticos que se dan en la evolución tardía del latín como efecto de un acento intensivo. En consecuencia, se afirma que el acento latino fue intensivo a lo largo de toda su historia y que lo que reiteradamente nos dicen los gramáticos es un puro intento mimético de aplicación al latín de las categorías del griego y, por tanto, carente de todo valor testimonial.

Se suele considerar como uno de los puntos más débiles de la doctrina de los gramáticos la distinción entre los tres tipos de acento y las reglas que se dan para distinguirlos. Ahí es donde se concentran sobre todo los motivos de acusación de copia mimética e irreal de los hechos que se daban en griego por parte de ellos⁶. No se puede negar, desde luego, que las categorías de la gramática griega hayan servido de base a la construcción de la gramática latina, pues en todos sus capítulos esto está presente no sólo de forma implícita, sino también de forma explícita: los ejemplos en que se puede apoyar esta afirmación son muy numerosos. En relación con este modo de proceder puede encuadrarse la distinción de los tipos de acento, especialmente del circunflejo⁷. En griego, la distinción entre agudo y circunflejo era, sin duda, necesaria,

⁵ Seguimos la terminología tradicional, aun cuando no todos los autores sean precisamente alemanes, cf. M. Leumann, *Lateinische Laut- und Formenlehre* (Nueva edición) München, 1977. Este autor cita entre ellos a Walde, Schöll, Sommer, Lindsay, Vollmer, Fraenkel, y otros más recientes como Palmer, *The Latin Language*, London 1966, versión española de J. J. y J. L. Moralejo, *Introducción al latín*, Barcelona, 1984; Allen, *Vox Latina. A Guide to the Pronunciation of Classical Latin*, Cambridge, 1965 y *Accent and Rhythm ...* (ver nota anterior); E. H. Sturtevant, *The Pronunciation of Greek and Latin*, 2ª ed. Groningen 1968. A éstos podemos añadir E. Pulgram (ver nota 6), que, aunque admite un acento tonal para la lengua literaria, defiende un acento intensivo para la lengua no literaria.

⁶ Una buena muestra de ello se puede ver en E. Pulgram, *Latin-Romance Phonology: Prosodics and Metrics*, München, 1975, pp. 88-92, con referencia a diversos autores. Aunque este autor no comparte los juicios rigurosos de los que da noticia, piensa que la doctrina de los gramáticos era únicamente válida para la lengua literaria, suponiendo así unas diferencias de estructura muy marcadas con respecto a la lengua no literaria. Más abajo volveré a referirme a esto.

⁷ Independientemente de la procedencia o no para el latín de un análisis en términos de moras, no parece especialmente difícil admitir para una vocal larga una determinada curva tonal a lo largo de su enunciación. Así, el acento circunflejo se define tradicionalmente como una curva que primero es ascendente o descendente (si se prefiere el análisis en moras, se trataría de que la primera mora tiene la inflexión más alta, para descender rápidamente en la segunda); el acento agudo, por su parte, se caracteriza sólo por el componente ascendente y, en caso de tratarse de una vocal larga, recaería sólo sobre la segunda mora, siendo válido esto último tanto para la penúltima sílaba, cuando la última es larga, como para la antepenúltima siempre que por ser la penúltima breve recaiga sobre ella el acento. Si examinamos las reglas que

pues existen pares mínimos cuyo único punto de oposición es precisamente éste, como ocurre entre φῶς ‘ser humano’ y φῶς ‘luz’ o entre ταῶς nom. sg. y ταῶς ac. pl. En latín, por el contrario, no sólo no existe este tipo de oposiciones, sino que, de acuerdo con las reglas enunciadas, la presencia de agudo y circunflejo sería siempre condicionada, sin posibilidad de alternar en una misma secuencia fónica. Ahora bien, no tenemos ningún motivo serio para negar una diferencia acentual entre vocal penúltima larga seguida de sílaba final con vocal larga o seguida de sílaba final con vocal breve (caso, respectivamente de acento agudo o circunflejo). Que haya servido de ayuda para percibir esa diferencia la distinción agudo / circunflejo pertinente en griego, esto es, la existencia conocida de esa categoría, es algo muy probable. Es igualmente muy probable que, sin ese modelo, tal distinción hubiese pasado perfectamente desapercibida en latín, ya que en esta lengua carece de toda funcionalidad. Pero, por muy superflua que en latín fuese, no autoriza a negar sin más su existencia⁸.

Paralelamente a esto, la llamada escuela francesa⁹ acepta la doctrina de los gramáticos como válida, al menos hasta un determinado momento o bien sólo para los registros más cultivados de la lengua, ya que, en todo caso, tiene que haber pasado a ser intensivo como, según consenso general, demuestran las lenguas románicas. Sobre el paso de uno al otro tipo tendremos que volver dentro de un momento.

Pero todo ello se vino a complicar, además, con un nuevo ingrediente, como es la conocidísima teoría, válida e indiscutible aún para muchos, de la intensidad inicial prehistórica del latín. Esta hipótesis, unida inseparablemente —y creo que éste es su fallo principal— al concepto de acento, fue formulada primero por Dietrich¹⁰ y difundida especialmente por Vendryes¹¹. Pretendía buscar una explicación al fenómeno del debilitamiento de las vocales breves latinas en sílaba no inicial de palabra, pues éste

exponen los gramáticos, podemos intuir que en latín se daba una tendencia parecida a la que se detecta en español actual, que muestra una marcada preferencia por la acentuación paroxítona, que es prácticamente obligatoria cuando la penúltima sílaba es cerrada: la diferencia con el latín residiría en que esta obligatoriedad se hacía extensiva a las sílabas no cerradas con núcleo vocálico largo, pues, en caso de ser breve, los gramáticos dicen que tiene tono grave, siendo la acentuada la anterior, como ya hemos visto. A esta tendencia del español se puede atribuir, entre otras cosas, la acentuación de formas cultas como *multiplica* o *participa*, frente a la acentuación proparoxítona latina.

⁸ Cf. R. A. Zirin, *The Phonological Basis of Latin Prosody*, The Hague - Paris, 1970, p. 71. Tampoco se puede negar, por ejemplo, la existencia en castellano o gallego de vocales largas, no, desde luego, desde un punto de vista paradigmático, pero sí desde un punto de vista sintagmático, como marcas de expresividad. En estos casos, la acentuación de una vocal alargada de forma expresiva muy bien podría corresponder objetivamente a las notas definitorias de un acento circunflejo.

⁹ Ver nota 5. Entre éstos están Vendryes, Meillet, Niedermann, *Phonétique historique du latin*, Paris, 1953 (repr. 1985) o X. Mignot, “La place de l’accent en latin”, *BSL*, 75 (1980), pp.285-309.

¹⁰ A. Dietrich, “Zur Geschichte des Akzents im Lateinischen”, *Zeitschrift für vergleichende Sprachforschung*, 1 (1852) 543-566.

¹¹ J. Vendryes, *Recherches sur l’histoire et les effets de l’intensité initiale en latin*, Paris, 1902.

no se podía explicar por la simple acción del acento, aunque fuese intensivo, ya que afectaba también a vocales acentuadas, como es el caso, por ejemplo, de *reficimus*. Tal teoría atribuye al latín en su fase prehistórica un acento de intensidad en la sílaba inicial de cada palabra, que habría sustituido al primitivo acento tonal y libre del indoeuropeo, debido a una probable influencia de sustrato, quizá del etrusco.

Esta hipótesis, suficiente en sí para explicar ese problema, plantea inmediatamente otro, a saber, por qué en un momento, que se suele situar a principios del siglo III a. C., el acento cambia nuevamente de lugar y, además, de acuerdo con los postulados de la escuela francesa, también de condición. En este último caso se hace necesario admitir también, para la época tardía, un nuevo cambio, esto es, de tonal a intensivo. No creo necesario recordar aquí la abrumadora masa de explicaciones de toda índole que se han propuesto para todos estos sucesivos cambios, aunque precisamente su elevado número viene a demostrar que ninguna de las soluciones propuestas resulta plenamente satisfactoria.

Más recientemente, esta hipótesis tiende a ser reemplazada por la de la *dinámica de la palabra*¹², que, aunque desliga del acento la mayor energía articuladora de la parte inicial de la palabra, suele ir unida a una concepción intensiva del acento. Probablemente, si suponemos tonal el acento latino, deberíamos separar este concepto de la referida dinámica, que consistiría, ciertamente, en una mayor fuerza espiratoria no relacionada, en cambio, con el acento de la palabra, como ya en 1930 entrevió Pisani¹³. Dicho de otro modo: la intensidad con que parece haberse articulado la primera sílaba de cada palabra latina, prácticamente a lo largo de toda su historia, no es un estadio de la historia del acento, sino algo independiente de él¹⁴. Cierto es que en determinadas circunstancias ambas cosas podían coincidir, como es el caso de bisíla-

¹² Así la denomina P. Monteil, *Éléments de phonétique et de morphologie du latin*, París, 1973. Por lo demás, puede verse la crítica de J. L. Moralejo en la traducción de la obra de Palmer, ya citada, nota 24, pp. 341-343.

¹³ V. Pisani, "L'accento espiratorio indoeuropeo", *Rendiconti dell'Accademia dei Lincei*, ser. 6, vol. 6 (1930), 147-170.

¹⁴ Es decir, que una mayor intensidad articuladora de la primera sílaba, que no hay inconveniente en entender como mayor fuerza espiratoria, podría coexistir perfectamente con un acento tonal. Cuando la mayoría de los tratadistas habla genéricamente de acento y su manifestación en distintas lenguas, es muy posible que se esté hablando, en realidad, de conceptos distintos. Es, por ejemplo, casi un lugar común hablar, entre las lenguas con acento fijo, de la intensidad de toda sílaba inicial en checo, finés o húngaro. Por lo que respecta a la primera de ellas, puedo afirmar por experiencia personal de iniciación a su aprendizaje, que esa intensidad es francamente débil y nada tiene de parecido, por ejemplo, con la acentuación que una palabra inglesa puede tener en sílaba inicial; es más, la presencia de una vocal larga en sílaba interior produce la impresión de que recae sobre ella el acento.

Por lo que respecta al latín, el considerar la intensidad inicial como independiente del acento tónico evita el tener que plantearse todo tipo de disquisiciones sobre el mecanismo de cambio del acento prehistórico al acento histórico, alguna de ellas muy ingeniosa, pero difícilmente creíble, como es la de E. Liénard, "Accent tonique et hexamètre dactylique", en *L'accent latin. Colloque de Morigny, 19 Mai 1979*, París, 1982, pp. 6-17

bos o de trisílabos con penúltima breve; de ahí que las explicaciones, basadas en postular un acento de intensidad, para el fenómeno de la abreviación yámbica¹⁵ puedan considerarse perfectamente válidas, siempre que su enunciación se corrija de forma que se haga recaer su causa en la mayor intensidad articulatoria de la sílaba inicial, no tanto en el acento de la palabra, con el que, desde luego, puede coincidir en formas tipo *běně* o *uoľö*, pero no en formas tipo *pűdicitia*, para cuya explicación no es así necesario recurrir a un desplazamiento del lugar del acento.

Pero aun así, se mantienen algunas dificultades, aparentemente insalvables, para la explicación del distinto comportamiento o, quizá mejor, de los distintos efectos del acento a lo largo de la historia del latín. Simplificando quizá en exceso las cosas, pero en aras de una mayor claridad, tales problemas se centran en dos hechos aparentemente irreconciliables: 1) El acento no parece tener una especial influencia en modificaciones del vocalismo, al menos hasta los comienzos de la Época Imperial; al mismo tiempo, durante ese período parece tener una importancia relativamente escasa como elemento rítmico. 2) En época tardía, de acuerdo con los resultados románicos, el acento tiene una influencia indiscutible en ellas; al mismo tiempo, se convierte en un elemento rítmico de primera importancia.

Quienes propugnan un acento de intensidad para toda la historia del latín encuentran, claro está, dificultades para explicar esa escasa influencia en el primer período considerado. El argumento más frecuente para salvarlo consiste en ponderar la artificiosidad de la lengua literaria, en la que se hacen encajar de modo forzado estructuras rítmicas tomadas del griego, dentro de las cuales constituye la máxima expresión el verso hexámetro: se llega incluso a admitir una altísima diferenciación de las estructuras básicas de la lengua literaria con los registros más coloquiales. Y dado que este tipo de explicación puede salvar los problemas ocasionados por las cuestiones de ritmo, pero no tanto los derivados del debilitamiento vocálico, se llega a poner incluso en cuestión la universalidad de este último fenómeno, incluyéndolo en el lote de artificiosidades y preciosismos¹⁶.

A su vez, quienes defienden hasta época tardía un acento tonal encuentran pocas dificultades para explicar el primer período, apoyándose, además, en el testimonio unánime de los gramáticos, pero se ven forzados a admitir un cambio a acento de intensidad para explicar los fenómenos que se dan en el segundo.

¹⁵ Cf. W. Sidney Allen, *Accent and Rhythm...*, pp. 191-199

¹⁶ Cf. E. Pulgram, *Latin-Romance Phonology...*, esp. p. 109. A decir verdad, no deja de tener una base de justificación esta postura, pues la regularidad y la analogía constituyen características realmente buscadas y declaradas de la lengua literaria. No se debe pasar por alto, sin embargo, que prácticamente no encontramos ningún testimonio que apoye una extensión de esta afirmación al terreno que nos ocupa. Nótese, de paso, que incluso se puede entrar en franca contradicción, ya que las síncopas, como parte del debilitamiento vocálico, pertenecen más bien a la lengua no literaria.

2. EL SUPUESTO TESTIMONIO DE DOS GRAMÁTICOS SOBRE EL ACENTO DE INTENSIDAD

Para unos y otros constituyen tradicionalmente el testimonio de que a partir de un determinado momento el acento es indiscutiblemente de intensidad dos pasajes, uno muy breve de Sergio (finales del s. IV d. C.) y otro más amplio de Pompeyo (s. V d. C.) en los que se nos dice que la sílaba acentuada de cada palabra es aquélla *quae plus sonat*. No parece necesario aclarar que para los primeros, esto es, los que defienden que el latín siempre tuvo acento de intensidad, ésta es la primera constatación conocida¹⁷ de lo que ocurría en realidad en esta lengua, independientemente de esquemas recibidos de los gramáticos griegos. Para los segundos es simplemente el testimonio del cambio de naturaleza, aun cuando no se excluye que éste pudiera haber tenido ya lugar en fecha anterior. Los textos son los siguientes:

Accentus in ea syllaba est quae plus sonat. quam rem deprehendimus, si fingamus nos aliquem longe positum clamare. inuenimus enim naturali ratione illam syllabam plus sonare quae retinet accentum, atque usque eodem nisum uocis ascendere.

Sergio *GLK* 4, 426, 16-20.

Et quid est ipse accentus? ita definitus est, 'accentus est quasi anima uocis', id est accentus est anima uerborum et anima uocis unius cuiusque. quem ad modum corpus nostrum non potest esse sine anima, sic nec ullum uerbum nec ullus sermo sine accentus potest esse. et quem ad modum anima nostra in toto corpore ipsa plus potest, sic etiam *illa syllaba plus sonat in toto uerbo quae accentum habet*. ergo illa syllaba, quae accentum habet, plus sonat, quasi ipsa habet maiorem potestatem. Et quo modo inuenimus ipsum accentum? et hoc traditum est. sunt plerique qui naturaliter non habent acutas aures ad capiendos hos accentus, et inducitur hac arte. ut puta *finge tibi aliquem illo loco contra stare et clama ad ipsum*. cum coeperis clamare, naturalis ratio ut unam syllabam plus dicas a reliquis illius uerbi; et quam uideris plus sonare a ceteris, ipsa habet accentum. ut puta si dicas orator, quae plus sonat? ra, ipsa habet accentum. optimus, quae plus sonat? illa quae prior est. numquid sic sonat ti et mus quem ad modum op? ergo necesse est ut illa syllaba habeat accentum, quae plus sonat a reliquis, *quando clamorem fingimus*.¹⁸

Pompeyo *GLK* 5, 126, 27 – 127, 11.

¹⁷ Se suele presentar como un posible testimonio de otra tradición gramatical paralela, libre de condicionamientos griegos y atribuida a Varrón, que no nos ha llegado. Cf. Allen, *op. cit.* p. 151-152, que se remite a la obra de F. Sommer, *Kritische Erläuterungen zur lateinischen Laut- und Formenlehre*, Heidelberg, 1914.

¹⁸ He destacado en cursiva las frases más importantes.

No deja de ser curioso que tanto unos como otros no hagan mayores precisiones sobre estos pasajes y que tampoco las hagan sobre el contexto en que se insertan. En un trabajo muy reciente¹⁹ he tratado de demostrar que ambos pasajes no sólo no están en contradicción con la doctrina tradicional, sino que se encuentran insertos inmediatamente al lado de la exposición de ésta en todos sus detalles y, si bien se mira, incluso la corroboran. En efecto, lo que se propone en ambos textos es una especie de prueba para quienes no son capaces de distinguir dónde está el acento de una palabra. Este motivo nos puede parecer extraño a primera vista, pues parece natural que cualquier hablante de una lengua sepa situarlo. Pero quizá no lo sea tanto cuando el objeto de estudio, como se ve muy bien a partir de los ejemplos que usan todos los gramáticos, es la poesía: al estar sujeta a un ritmo, pueden producirse dislocaciones en el acento²⁰. Pues bien, para reconocer dónde está se propone el pronunciar la palabra en cuestión como si se estuviese llamando a gritos a alguien que está lejos y es precisamente en esa forma especial de articular la palabra donde suena más la sílaba acentuada. No lo es, por tanto, en una forma normal de articulación. No es, por tanto en una forma normal de articulación donde “suena más” la sílaba acentuada: implícitamente se reconoce que en esta forma normal —y quizá con más razón si es en medio de un verso— el acento es poco marcado y, desde luego, muy poco intensivo. En consecuencia, estos pasajes no pueden ser tenidos en cuenta como testimonio de una cualidad intensiva del acento.

3. IMPLICACIONES Y PROBLEMAS

Recapitemos ahora brevemente. He partido de la base de que el acento de una lengua románica —el español— parece ser fundamentalmente tonal; sin tener noticia de estudios semejantes para otras lenguas románicas, muy bien pudiera valer para ellas la misma observación. Tenemos, al mismo tiempo, el testimonio absolutamente unánime y sin fisuras de los gramáticos latinos de que el acento del latín era tonal, pues, como acabamos de ver, los testimonios tradicionalmente invocados de un cambio a acento intensivo no deben ser interpretados como tales. Si todo esto es así, se hace forzoso concluir que el acento no cambió de cualidad, ya no sólo a lo largo de toda la historia del latín, sino de sus continuadoras, las lenguas románicas²¹.

Y aquí se presentan nuevos problemas. Si, como parece evidente y así se ha indicado más arriba, el comportamiento del acento latino es distinto a partir de un cierto momento, ya que toda sílaba acentuada se hace resistente a cualquier debilitamiento e

¹⁹ J. A. Puentes Romay, “*Illa syllaba plus sonat in toto uerbo quae accentum habet*. Algunas precisiones sobre el acento latino tardío y sus implicaciones”, comunicación presentada en el II Congreso de la Sociedad de Estudios Latinos (Almagro, 8-10 de mayo de 1997), cuyas Actas se publicarán próximamente.

²⁰ Ver más abajo, al tratarse de las dislocaciones de acento condicionadas por el ritmo.

²¹ Con la excepción, al menos, del francés, como ya hemos indicado. Ver Nota 1.

incluso condiciona el tratamiento de ciertas vocales tónicas, además de servir como elemento rítmico, esto se compadece mal con la afirmación de que no ha cambiado en su cualidad. Igualmente causa dificultad el papel atribuido al acento tardío —tenido por intensivo— como catalizador de las múltiples sínkopas que se producen en esta época.

Examinemos ahora cada uno de estos puntos, para comprobar si existe una explicación posible sin presuponer un cambio en la cualidad del acento²². Conviene recordar antes la observación hecha al principio de que el acento es, tal como ser reconoce hoy en día, un rasgo complejo que conlleva, en distintas proporciones, una variación tonal, una variación en la intensidad y un cierto efecto de alargamiento de la vocal sobre la que incide²³. Recordemos, además, que para el español la intensidad es el parámetro de menor importancia y que postulamos una situación semejante en sus líneas generales para el latín.

Quizá sea también éste el momento de advertir que, de acuerdo con la mayoría de los autores, es muy probable que la distinción entre vocales largas y breves en latín, especialmente en interior de palabra, se haya mantenido viva hasta una época bastante tardía, que se suele situar alrededor del siglo IV d. C.²⁴. Es muy posible, sin embargo, que esta distinción, en su última etapa, se restringiese sólo a esa posición y, además, sólo en el caso de que las breves fuesen átonas. Tanto en sílaba inicial como en sílaba final, por el contrario, es probable que la diferencia tendiese a borrarse ya desde un momento anterior.

²² Frente a la corriente mayoritaria, plenamente vigente todavía hoy, que atribuye a los acentos de intensidad el papel de desencadenantes de debilitamientos vocálicos, se han producido importantes llamadas de atención sobre el posible abuso de la importancia de los efectos "brutales" de la intensidad. Cf. A. Martinet, *Économie des changements phonétiques. Traité de phonologie diachronique*, Berna, 1964 (2ª ed.). Versión española, Madrid, 1974. Véanse esp. pp. 239 ss. de esta última.

²³ Ver nota 2. Es muy posible que este elenco de componentes no sea completo. Hasta ahora los análisis experimentales sobre el acento parecen circunscribirse a lo que puede ser una realización "normal" en el acto de lectura o de una conversación reposada. El propio texto de Pompeyo, ya citado, parece darnos a entender que la realización ya era percibida como distinta *quando clamorem fingimus*, realización en la que muy bien puede adquirir un papel más relevante la intensidad. Por lo demás, cuando se habla en voz baja, esto es, sin vibración de las cuerdas vocales, ¿podemos hablar realmente de variaciones de tonalidad? No parece fácil, en principio, o, al menos, tan fácil. Quizá haya que considerar también la duración de la sílaba en su conjunto, como ya se ha hecho (Cf. Esp. Allen, *op. cit.*, pp. 46-73; Pulgram, *op. cit.* cap. 7) o, quizá mejor, con independencia de su duración efectiva, el posible reparto desigual de los tramos de tiempo correspondientes a cada una a lo largo del segmento total que es la palabra. Esto es lo que se puede observar con secuencias de sonidos, ajenos al lenguaje humano, en los que los distintos intervalos efectivos de tiempo se perciben, ya sea como sonidos realmente prolongados (compárense las notas musicales producidas por instrumentos de viento o cuerda frotada con las producidas por instrumentos de cuerda pulsada o golpeada o por campanas), ya sea produciendo una impresión de acentuación de las secuencias: es el caso de una misma nota repetida a una secuencia fija de intervalos en el segundo tipo de instrumentos mencionados o bien ruidos rítmicos producidos por cualquier tipo de máquina.

²⁴ Para una puesta al día sobre este aspecto, véase A. Roncaglia, "L'effondrement de la quantité phonologique latine", *Romano-Barbarica*, 6 (1981-82), pp. 291-310.

3.1. El distinto comportamiento del acento en época clásica y en época tardía y romance

Comenzaremos por examinar las diferencias y semejanzas en el comportamiento del acento entre el latín clásico, por un lado, y el de época tardía y romance, por otro. En primer lugar, el acento sobre vocal larga. Éste podía darse de dos maneras: o bien en la penúltima sílaba (por ej., *amāre*) o bien en la antepenúltima (por ej., *amāuimus*) si la penúltima era breve (no tendremos de momento en cuenta el caso de que la antepenúltima fuese también breve). En el primer caso, como sabemos, la presencia de una vocal larga en sílaba no cerrada era motivo suficiente para que el acento recayese en ella. Este acento no parece haber ejercido nunca ninguna influencia sobre esta vocal, ni tampoco haberse desplazado de lugar; si se da la apócope de la sílaba final, la palabra pasa a ser oxítone²⁵. Lo mismo se puede decir, en líneas generales, si la vocal larga se daba en sílaba cerrada.

En el segundo caso, que se producía si la penúltima sílaba era breve y la antepenúltima contenía una vocal larga, tampoco parece haber ejercido el acento en ningún momento ninguna influencia sobre esta última, tanto si la sílaba era abierta como si era cerrada. Ahora bien, ya desde los primeros tiempos se observa una tendencia al máximo debilitamiento de la penúltima (breve y postónica), con el resultado final de la síncope. La consecuencia de ello es que las formas que la sufren acaban presentando una situación semejante a la que veíamos en el primer caso. En ambos casos, parece establecerse una relación directa entre acento y vocal larga²⁶, sin que se manifestase ninguna diferencia de comportamiento a lo largo de toda la historia del latín.

Observemos ahora el acento sobre vocal breve. Éste puede darse en tres situaciones: en penúltima sílaba, si ésta es cerrada (caso de *longa positione*), en antepenúltima sílaba, tanto si ésta es cerrada como si es abierta, siempre que se dé la circunstancia de que la penúltima sea breve. En el primer y segundo caso, el acento no parece haber cambiado tampoco nunca de lugar, pero sí que puede haber ejercido influencia sobre la vocal, aunque de forma variable según los distintos dialectos románicos. Ahora bien, como esta influencia sólo se manifiesta en una época muy tardía, posterior a la fragmentación, se ha supuesto como uno de los efectos del cambio de cualidad del acento. Sin embargo, veamos cuáles han sido esos efectos. El primero de ellos, más general si cabe, es que no se haya alterado el timbre de la vocal, aunque su comportamiento y estabilidad pasa a ser equivalente a los de una vocal larga. Si, además, se ha producido una diptongación, tanto esto como lo anterior vienen a indicar que el acento

²⁵ Esto, aunque con poca frecuencia, se daba ya desde antiguo en latín, por ejemplo en los adverbios de lugar *istāc(e)*, *illāc(e)*, etc. No deja de sorprender el presunto cambio en la acentuación de estas formas que suponen I. Iordan y M. Manoliu, *Manual de Lingüística Románica*, Madrid, 1972, p. 125.

²⁶ O mejor, como vamos a ver ahora mismo, entre acento y sílaba larga (*heavy syllable* en la terminología usada por Allen). Cf. W. S. Allen, *Vox Latina. A Guide to the Pronunciation of Classical Latin*, Cambridge, 1965, p. 86 y *Accent and Rhythm...* p. 161.

ha comunicado a la vocal un cierto grado de reforzamiento. La cuestión que se plantea ahora es si este último tiene que deberse o no, necesariamente, a un acento de intensidad. Si, como parece estar probado experimentalmente, un acento en el que se dé el predominio del componente tonal no deja de comunicar a la vocal sobre la que recae un determinado efecto de alargamiento, no necesitamos suponer un cambio de cualidad del mismo.

Pero aquí surge ya un problema: Una sílaba con núcleo vocálico breve, pero larga por posición, en posición penúltima, también fue en latín motivo suficiente para atraer sobre ella el acento. Dicho de otro modo, a estos efectos la cantidad silábica ha tenido el mismo comportamiento que la simple cantidad vocálica. Pero esto no impidió que la vocal sufriese igualmente la apofonía cuando la sílaba no era inicial, aunque más débilmente que la de una sílaba abierta (caso, por ejemplo de *refēctus*, con cierre sólo de un grado), para pasar después, en aparente contraposición, a adquirir la firmeza semejante a la de una vocal larga. En principio podría pensarse que ese menor grado de debilitamiento pudiese ser la manifestación de un comportamiento distinto debido al acento, pero esto no vale, porque se produce lo mismo en sílabas átonas no iniciales del mismo tipo (siempre pretónicas, por supuesto). Habrá que buscar, pues, por otro lado.

Y esto es lo que nos lleva ahora a la cuestión crucial, que es la que se da en el tercer caso, sílaba breve (abierta con vocal breve) antepenúltima acentuada, cuando no se da en principio de palabra. Como hemos visto, toda vocal breve en sílaba abierta no inicial sufre un debilitamiento, independientemente de que sobre ella recaiga el acento o no. Observamos así que la vocal *ā* de *fācio* se debilita tanto en *reficit* como en *reficimus*, acentuada en este último caso, al igual que, por ej. en *artificium*; es también muy conocido el caso de los topónimos griegos *Μασσαλία* y *Σικελία*, cuya forma latina es respectivamente *Massilia* y *Sicilia*, con acento sobre la *ī* breve. Al lado de estas formas hallamos otras muy numerosas en las que el acento recae sobre vocal breve, la mayor parte de las veces *i* o *u*. En todos estos casos no parece que al acento haya tenido ninguna influencia que contrarrestase la debilidad de la vocal.

Aunque formas como *reficimus* no tengan una continuidad directa en romance, pues se han producido nivelaciones y analogías en el paradigma y aunque formas como *iustitia*, *tristitia* y otras semejantes hayan terminado siendo en realidad paroxítonas, con lo que no es difícil suponer una asimilación del tratamiento de la vocal acentuada con aquéllas que eran originariamente largas, no quedaría explicado cómo las del primer tipo pudieron ser en un momento dado de la historia del latín al mismo tiempo débiles y acentuadas, sin tener que echar mano de las distintas hipótesis de desplazamientos acentuales o de su cualidad de intensivo, al menos a partir de cierta época. Aunque para aquellas formas se han propuesto explicaciones muy plausibles,

especialmente cuando se trata de formas verbales compuestas²⁷, no cuadran tan bien para las que no pertenecen a este tipo²⁸.

Quizá habría que buscar la explicación por otro camino, que consistiría fundamentalmente en que la acentuación de palabras polisilábicas con penúltima sílaba breve y también antepenúltima breve, fue, durante un período de tiempo, algo que podríamos definir como *acentuación por defecto*: la acentuación de este tipo de palabra no consistiría tanto en la acentuación efectiva de la antepenúltima sílaba, como en la ausencia de acentuación (= acento grave) en la penúltima, que tendería a hacer percibir como acentuada la antepenúltima²⁹. La influencia de una posible acentuación real proparoxítona que podía darse más fácilmente si esta sílaba era inicial (por ej. *fācimus*) o, sobre todo, cuando era larga inicial (caso de *ōsculum*, *ēminus* o *āmbitus*) o no inicial (como *amāuimus*), unida al debilitamiento de la oposición entre vocales largas y breves pudo arrastrar muy bien una acentuación efectiva a las sílabas breves no iniciales, lo que estaría en consonancia con la explicación enunciada tradicionalmente de un alargamiento en época tardía de vocales tónicas inicialmente breves. No sería, así, necesario postular un cambio en la cualidad del acento. La misma explicación puede caber para la cuestión que dejábamos abierta para el caso de las sílabas cerradas con vocal breve.

3.2. El problema de las sínkopas

Quedaría todavía abierto el problema de la multiplicación de sínkopas en época tardía, atribuido también en gran medida al carácter intensivo del acento en esta época. Parece necesario conjugar este hecho, que los datos de que disponemos ofrecen como indudable, con el de la pérdida de las distinciones de cantidad vocálica y de las alteraciones de timbre, que se suelen presentar íntimamente unidas a ésta. Comencemos por recordar que, en latín, toda sílaba abierta en interior de palabra, cuyo núcleo sea una vocal breve, sufre un debilitamiento. Este debilitamiento, que se manifiesta en la neutralización de las oposiciones de timbre —o, según la denominación más tradicional, la apofonía— o en la síncope, parece haberse dado a lo largo de toda la histo-

²⁷ Cf. Pulgram, *Latin-Romance Phonology*..., 92-113.

²⁸ Muy especialmente los topónimos *Sicilia* y *Massilia*.

²⁹ Aunque sea necesario tomar todas las precauciones necesarias para trasladar el fenómeno al latín, no deja de ser significativo que en pruebas experimentales con ausencia de marca, la percepción por parte de hablantes españoles parece confirmar esta hipótesis. Cf. E. V. Enríquez, C. Casado, A. Santos, *op. cit.* p. 267. Por otra parte, esta visión no resta, a mi entender, ningún valor a las explicaciones propuestas por Allen, *op. cit.* pp. 170-179, para los fenómenos de acento disilábico y resolución de sílabas largas en la métrica de Plauto. Tampoco es necesariamente contradictoria, sino quizá complementaria, de la visión de este autor sobre las *accentual matrices*, expuesta en la misma obra, pp. 163-170. Ahora bien, recordemos que este autor parte de la hipótesis de un acento intensivo para el latín.

ria del latín³⁰, siendo capaz de afectar, como hemos visto, a vocales aparentemente tónicas. Sin embargo, las síncopas atestiguadas en época tardía se suelen presentar como un hecho independiente de esto y se suelen atribuir también al nuevo carácter intensivo del acento³¹, especialmente por el hecho de que aparecen en sílaba pretónica o postónica y porque la sílaba tónica parece estar siempre a salvo de cualquier debilitamiento, al contrario de lo que ocurrió en momentos anteriores.

Esta última diferencia puede quedar explicada con lo que hemos visto hace un momento, al acabar por adquirir una mayor firmeza una vocal breve acentuada. Esta observación debe completarse todavía con otra, a la que todo hace pensar que no se ha prestado atención suficiente. En efecto cuando se habla de vocales largas y breves en latín parece tenerse en cuenta una relación de 1 a 2 en su articulación, principio teórico perfectamente válido para la métrica y quizá también en gran medida para lo que era la realidad articulatoria en griego³², lengua en la que parece no haberse dado ningún tipo de debilitamiento sistemático comparable al del latín. En este último, sin embargo, la presencia de un debilitamiento sistemático, detectable —insisto— desde los tiempos más remotos, parece indicar una diferencia real mucho más marcada entre vocales largas y breves. Sólo se atenuaría esta diferencia en la primera sílaba de la palabra y también, aunque en menor escala, en la última, debido a su importancia derivada del carácter flexivo de la lengua.

A este factor debe añadirse la acción de la lengua literaria. Es muy posible que ésta, al tener que adaptarse a un tipo griego de versificación o incluso al uso de cláusulas métricas en la prosa, retardase conscientemente el proceso de las síncopas, aunque a veces permitiese la presencia de dobles tipo *saeculum* / *saeculum*, *caldus* / *calidus*, etc., de forma que la mayoría de los textos no nos dan una imagen real del estado de cosas en el habla.

³⁰ Incluso también la apofonía se da en época tardía, como ha hecho ver F. Biville, "Des faits 'apophoniques' en latin vulgaire impérial? Lois phonétiques et règles phonologiques", en *Latin Vulgaire - Latin tardif II. Actes du Ilième. Colloque International sur le latin vulgaire et tardif (Bologne, 29 Août - 2 Septembre 1988)*, Tübingen, 1990.

³¹ Sin pretensión de ser exhaustivo, esto puede verse en obras de la relevancia de las siguientes: V. Väänänen, *Introduction au latin vulgaire*, Paris 1967, trad. Española, Madrid, 1971, pp. 66-67 de esta última; R. Lapesa, *Historia de la lengua española*, Madrid, 9ª ed. 1981, pp. 76-78; I. Iordan - M. Manoliu, *op. cit.* pp. 123-125. A pesar de ello, también existen manifestaciones expresas de la no existencia de una relación necesaria de causa a efecto entre acento intensivo y síncopas, cf. P. Tekavčić, *Grammatica storica dell'italiano*, Bologna, 1980, vol I, p. 210. Debe hacerse notar también que en la obra de P. M. Lloyd, *From Latin to Spanish. Vol I: Historical Phonology and Morphology of the Spanish Language* (1987), versión española, Madrid, 1993, no se hace ninguna referencia explícita al acento de intensidad tardío como desencadenante de las síncopas.

³² Aun cuando para la realidad del griego se ha tendido a atenuar esta relación, aproximadamente en una relación de 1 a 1,6 - 1,8. Cf. J. Luque Moreno, *Arsis, Thesis, Ictus. Las marcas del ritmo en la música y en la métrica antiguas*, Universidad de Granada, 1994, p. 44. Independientemente de la igualdad de comportamiento métrico, esta relación podría ser demasiado baja para el latín.

Si tenemos en cuenta, por un lado, la diferencia marcada entre vocales largas y breves, con la excepción que hemos hecho notar, y, por otro, la estilización de la lengua literaria, podemos deducir, en primer lugar, que la precipitación de síncopas en época tardía puede ser, más que nada, aparente, como resultado de una afloración en los textos de algo que ya estaba en la realidad, favorecido, eso sí, por la pérdida de las oposiciones de cantidad vocálica.

Ahora bien, esta última se suele describir como una pérdida en bloque e incluso como previa a otros factores. Pero si es aceptable una diferencia como la que he presentado entre vocales largas y breves, excepto en sílaba inicial, el proceso puede haber seguido, independientemente de las rigideces de la lengua literaria, la siguiente secuencia:

- 1.- Eliminación de las diferencias de cantidad en sílaba inicial y en sílaba medial cerrada.
- 2.- Eliminación o, al menos, notable atenuamiento de la diferencia de duración entre vocal breve acentuada no inicial y vocal larga no acentuada.
- 3.- Eliminación de vocales breves en sílaba abierta no inicial, especialmente postónica.
- 4.- Debilitamiento de vocales largas no tónicas en interior de palabra y en final absoluta.
- 5.- Igualación de vocales tónicas originariamente breves o largas.

La secuencia propuesta no debe entenderse en ningún caso como una serie de estadios cronológicamente diferenciados, ya que los tres primeros pueden haberse dado de manera casi simultánea y, a su vez, parecen necesariamente previos al cuarto y quinto, que también pueden haber sido muy difíciles de diferenciar entre sí. En cualquier caso, si se acepta, en primer lugar, el enmascaramiento de los hechos a que da lugar la lengua literaria y, en segundo lugar, el tipo de sucesión de hechos propuesto, no parece tampoco necesario un cambio en la cualidad del acento para explicar los hechos de vocalismo que se suelen explicar como consecuencia del mismo.

3.3. El acento como marca de ritmo

Habría que añadir ahora que, al desaparecer las diferencias de cantidad vocálica, el acento se convierte en la única marca posible de ritmo. Que para ello no sea imprescindible un acento de intensidad parece quedar demostrado por la cualidad del acento del español y su funcionamiento evidente como factor rítmico. Se ha aducido, en efecto, como una de las razones para presuponer un acento de intensidad en latín, el hecho de que se puede detectar una relación, inexistente en griego, entre los *ictus* del verso y los acentos de palabra. Esta relación parece muy evidente en la versifica-

ción de la comedia, pues en ella se dan coincidencias mayoritarias entre ambos factores; se ha hecho notar, precisamente, que gracias a esta relación que se establece entre ellos es posible la mayor posibilidad de sustituciones, por ejemplo, en el senario yámbico en relación con lo que ocurre en su modelo, el trímetro griego. Se ha llamado también reiteradamente la atención sobre la marcadísima tendencia a la coincidencia en los dos últimos pies del hexámetro. Y todo ello sin mencionar las posturas a favor de un análisis acentual del saturnio y de la interpretación según ese mismo patrón del *uersus quadratus*.

En todos esos ejemplos tiende a darse por sentada y necesaria una diferencia entre la cualidad del acento griego y la del latino, basada en la imposibilidad generalmente aceptada de atribuir un efecto rítmico al acento tonal, pues, como ya se ha indicado, este efecto no parece haber existido en griego. Ahora bien, si se despoja esta premisa del valor universal que se le ha atribuido y, sobre todo, si se supera de forma efectiva la tendencia a aplicar directamente al latín esquemas y principios que pueden ser muy válidos para el griego, no debería haber inconveniente en admitir que un acento tonal en latín pudo también contribuir al ritmo. El incremento tardío de su importancia en detrimento de la cantidad no tiene tampoco, por tanto, que basarse en un cambio de cualidad: la progresiva pérdida de la noción de oposiciones cuantitativas pudo haber sido suficiente para ello.

Quedaría abierto el problema tradicionalmente planteado del conflicto que se produce entre el *ictus* —si se considera vocal— y el acento cuando éstos no son coincidentes. No me corresponde ahora entrar en esta debatida cuestión, aunque me pronunciaría por la tradicionalmente llamada solución de compromiso, en la que predominaría más o menos uno u otro, cuando no eran coincidentes, de acuerdo con la forma de recitación o, en su caso, de canto. A este respecto, puede no estar de más el mencionar nuevamente la rigidez con que se suele entender el acento latino, especialmente cuando se considera intensivo, lo que es bastante comprensible cuando muchos estudiosos son precisamente anglosajones o alemanes: al parecer en sus lenguas el acento de palabra es inamovible y el ritmo tiene que sujetarse rígidamente a él.

Pero existe un hecho que no parece haberse tenido en cuenta hasta muy recientemente, aunque no creo exagerar al decir que forma parte habitual de nuestra experiencia. Se trata de que en español, gallego, portugués e italiano, al menos, el acento admite desplazamientos en la versificación, tal como ha sido puesto de relieve en fechas recientes con especial referencia al español³³. Este desplazamiento, evitable en una forma normal de recitación³⁴, se pone especialmente de relieve en los versos can-

³³ R. D. Janda - T. A. Morgan, "El acento dislocadó —pues cantadó— castellano: On Explaining Stress-Shift in Song-Texts from Spanish (and Certain Other Romance Languages)", en D. Birsdong - J. P. Montreuil (edd.), *Advances in Roman Linguistics*, Dordrecht - Holland / Providence - U.S.A., 1988. Tal como se puede deducir del subtítulo en inglés, los autores parten de la base de un acento de intensidad en las lenguas románicas.

³⁴ Hay que hacer notar, sin embargo, que en composiciones poéticas de especial altura de erudición

tados, al menos desde el siglo XV hasta nuestros días. Si este hecho se da de una manera normal y natural en lenguas románicas, cabría preguntarse si el punto de arranque está en el propio latín: un acento de por sí suficiente para marcar ritmo, pero, al mismo tiempo, sometible a un cierto grado de flexibilidad a favor de otros factores.

4. CONCLUSIÓN

En conclusión, la constatación del predominio del componente tonal en el acento de las lenguas románicas rehabilita, en primer lugar, la credibilidad de la doctrina manifestada de forma unánime por los gramáticos latinos; en segundo lugar, deja sin efecto la necesidad de presuponer un cambio en la cualidad del acento en época tardía, cuyo presunto testimonio explícito se obtenía de una lectura sesgada de dos pasajes de textos gramaticales, y en tercer lugar, todo parece indicar que existen vías alternativas de explicación para los distintos fenómenos cuya causa se ha venido atribuyendo a un acento de intensidad.

se explotó este recurso hasta más allá de los límites normalmente admisibles. Puede verse, al respecto, F. Lázaro Carreter, *Estudios de poética*, Madrid, 1976, especialmente en el capítulo dedicado a los versos de arte mayor (p. 75 ss.). De todas formas, en este estudio, el fenómeno se explica sobre todo como un afán de imitación del ritmo dactílico, lo cual es sin duda así, pero sin establecer relación con la posibilidad de hacerlo que ofrecía la lengua, aunque, como he dicho, se llevase mucho más allá de lo normal y espontáneo.